



El viaje en la geografía moderna

Pilar Paneque Salgado y Juan Francisco Ojeda Rivera
(Editores)

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A

Excursionismo y retórica excursionista en la tradición geográfica moderna¹

Nicolás Ortega Cantero

Universidad Autónoma de Madrid

La práctica excursionista ocupa un lugar destacado en la tradición geográfica moderna. Es el medio que permite acercarse al paisaje y entablar con él el diálogo cognitivo directo, apoyado en la experiencia visual, que se considera ineludible para llegar a entenderlo, ejercitando al tiempo la mirada explicativa y la comprensiva. La atención prestada por la geografía moderna a la dimensión fisonómica se corresponden con el alto valor adquirido en su seno por la visión directa del paisaje y la experiencia excursionista que la hace posible. Además, la presencia del excursionismo en la tradición geográfica moderna se ha manifestado también en términos retóricos, es decir, en el modo de expresar literariamente el conocimiento geográfico, que ha utilizado con regularidad las formas narrativas acuñadas por los relatos de excursiones y viajes. Lo que sigue se dedica a considerar y valorar esa doble presencia del excursionismo, práctica y retórica, en la tradición geográfica moderna.

En febrero de 1901, Edouard Ardaillon dio una conferencia en la Société de Géographie de Lille sobre «Los principios de la geografía moderna». Ardaillon era profesor de geografía de la Universidad de esa misma ciudad, y seguidor de las renovadas perspectivas promovidas por Vidal de la Blache. Habló del importante papel desempeñado por el contacto directo con el terreno en la conformación del conocimiento geográfico, y se refirió, en relación con ello, a una reflexión atribuida a Vidal de la Blache, que le parecía sin lugar a dudas «excelente», a pesar de su posible falsedad. «Con libros no se hace más que geografía mediocre; la que se hace con mapas es mejor; la muy buena sólo se hace sobre el terreno». Porque nada puede sustituir a «la vista y el estudio directo de los fenómenos sobre el terreno», único medio, agrega Ardaillon, de que el observador pueda comprender las relaciones entre los factores físicos y el hombre, que escapan a la descripción del libro y a la representación del mapa. (Ardaillon, 1901, 285). Algo parecido había dicho, no mucho antes, en 1892, el geógrafo español Rafael Torres Campos, profesor y durante algunos años director de

¹ Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación CSO2008-03877, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y el FEDER.

excursiones en la Institución Libre de Enseñanza, y buen conocedor de los derroteros seguidos por la geografía francesa en tiempos de la Tercera República, tras el conflicto con Alemania de comienzos de los años setenta (Ortega Cantero, 2004). «No basta la Geografía recogida en los libros y en las cartas —escribe Torres Campos—, es necesario el examen directo de los fenómenos terrestres, ponerse en contacto con la naturaleza, estudiar los accidentes en sí mismos». Y precisamente por eso, añade, «las excursiones son un procedimiento en boga» (Torres Campos, 1892, 322).

Opiniones como las que acabamos de recordar muestran con claridad la gran importancia que adquirió el contacto directo con el terreno en el horizonte del conocimiento geográfico moderno. La geografía moderna se apoyó sobre todo en la observación directa de la realidad, en la visión inmediata del terreno, en el acercamiento personal al paisaje, distanciándose así de otras vías de conocimiento más eruditas, más centradas en las bibliotecas y los archivos, más pendientes de la documentación cartográfica, predominantes en momentos anteriores. Parafraseando al pintor Friedrich, podría resumirse esta actitud cognitiva del geógrafo moderno diciendo que hay que estudiar la naturaleza en la naturaleza, y no en los libros. Es un planteamiento en el que, como ha advertido Marie-Claire Robic, a propósito de la perspectiva vidaliana, «el terreno sustituye al libro, al texto, incluso al archivo del historiador», y adquiere de esa manera «un valor heurístico fundamental» como sustrato de la relación entre el hombre y el medio (Robic, 1996, 362).

Esta afirmación de la importancia del contacto con el terreno se halla estrechamente relacionada con otro aspecto fundamental de la geografía moderna, compartido, por lo demás, con todo el horizonte intelectual (artístico y científico) de la modernidad inicialmente promovida en Europa por el romanticismo: el valor cognitivo adquirido por la experiencia visual, por la visión directa e inmediata de la realidad. Como han señalado Vincent Berdoulay y Hélène Saule-Sorbé, la vista adquirió a lo largo del siglo XIX una gran importancia como «instrumento de conocimiento», y esa importancia se dejó notar tanto en el mundo del pensamiento científico, como en el de las prácticas artísticas, lo que no hizo sino favorecer el acercamiento entre un ámbito y otro, desmintiendo supuestas oposiciones, que se tradujo a menudo en formas de complementariedad valiosas y fecundas. La obra de Humboldt es, en este sentido, verdaderamente ejemplar. El saber no es ahora anterior a la mirada, sino posterior, y no se sitúa ya

en el terreno de la proyección, sino en el de la percepción. (Berdoulay y Saule-Sorbé, 1998, 41-42).

El contacto con el terreno es importante porque es necesario ver las cosas para conocerlas (en términos artísticos o científicos). El conocimiento moderno se apoya en la experiencia visual, y el conocimiento geográfico no desdice ese planteamiento, que en su caso se centra principalmente en el paisaje. «Para conocer un objeto —se decía, en 1886, en la circular fundacional de la Sociedad para el estudio del Guadarrama—, es indispensable verlo de algún modo, y tanto más claro y a conciencia es el conocimiento, cuanto más directa, inmediata y viva es la vista de las cosas» (Sociedad para el estudio del Guadarrama, 1886, 367). Hay que ver para conocer, y, en el ámbito de la geografía, es en la visión del paisaje donde podemos descubrir las claves mismas de su entidad y su significado. Rememorando su ascenso a la cumbre del Mont Blanc, en 1787, después de muchos años de recorrer y estudiar los Alpes, Horace Bénédict de Saussure escribió lo siguiente: «No creía a mis ojos, me parecía que era un sueño, cuando veía bajo mis pies esas cimas majestuosas, esas agujas temibles, el Midi, el Argentièrre, el Géant, cuyas mismas bases me habían ofrecido un acceso tan difícil y tan peligroso. Captaba sus relaciones, sus conexiones, su estructura, y una sola mirada resolvía dudas que no habían podido ser aclaradas con años de trabajos» (Saussure, 1981, 206).

Para conocer algo, por tanto, hay que verlo. Y, en el ámbito de la geografía moderna, con su interés por el paisaje, la experiencia visual desempeña un papel verdaderamente fundamental. Sin ignorar lo que tiene de representación subjetiva y cultural, el paisaje es ante todo, para la geografía moderna, la expresión de un orden interno, la fisonomía visible de una organización subyacente. Y lo primero que tiene que hacer el geógrafo moderno es ver esa fisonomía, ese paisaje, y, como Saussure en la cima del Mont Blanc, procurar captar las claves del orden que expresa. Lo visual pasa así al primer plano en el proceso de conformación del conocimiento geográfico, y, como ha señalado Jean-Marc Besse, la geografía moderna se presenta ante todo, aunque no se reduzca solamente a eso, como «un arte de la percepción visual» (Besse, 2000, 111). «Para conocer una ciudad —decía Max. Sorre—, es necesario sentarse en un banco y mirar» (Cit. en Lois, Robic y Tissier, 1988, 309).

Conviene advertir que la experiencia visual que demanda el conocimiento geográfico moderno es una experiencia cualificada. No se trata solamente de ver, sino de saber ver. Cuando se habla de ver la realidad geográfica, de ver el paisaje, no se está hablando de algo ingenuo o inmediato, sino de una acción que requiere en quien la protagoniza una formación adecuada. Hay que saber ver, y ese saber ver no es espontáneo, sino el resultado final de un aprender a ver. Cabe aplicar al campo geográfico lo que dijo el institucionalista Cossío: «ver» es la «primera e ineludible condición del conocimiento», y aprender es, ante todo, aprender a ver, aprender a «saber ver» las cosas (Cossío, 1879, 153-154). Y por buen geógrafo moderno podría entenderse lo que los institucionalistas entendían, en términos más generales, por hombre culto: «el que sabe ver, o, si se prefiere, el que sabe mirar, el que traza pulcramente el perfil de las cosas y les da cuerpo y sentido» (López-Morillas, 1988, 63). El «espíritu geográfico» consiste, según Brunhes, en saber «abrir los ojos y ver», y esa capacidad, lejos de estar al alcance de cualquiera, requiere un aprendizaje (Brunhes, 1948, 282).

Ese saber ver, esa capacidad para percibir visualmente las formas de la superficie terrestre, es una de las cualidades que distinguen a los mejores exponentes de la tradición geográfica moderna. Es lo que sucede, por ejemplo, en Humboldt, en Reclus o en Vidal de la Blache. Y también, para añadir otras dos muestras elocuentes de esa sabiduría visual, en Jean Brunhes o en Emmanuel de Martonne. Brunhes era, en palabras de Vidal de la Blache, «un excelente observador, dotado de un sentido estético que parece aguzar la sagacidad crítica» (Cit. en Brunhes, 1948, 13). Y de De Martonne se ha dicho que era un maestro consumado en dos instrumentos fundamentales de la geografía vidaliana: «el ojo ejercitado o la mirada, y la representación que hace nacer la idea explicativa». A «la precisión del ojo» añadía «la habilidad de la mano». (Palsky, 2001, 269). Como otros geógrafos destacados, De Martonne hizo del saber ver, de la mirada debidamente educada, la clave de su quehacer.

Con todo lo anterior, es decir, con la importancia del contacto directo con el terreno, y con la consecuente importancia de la experiencia visual, del saber ver, en la conformación del conocimiento geográfico moderno, se relaciona estrechamente, claro está, el destacado papel desempeñado en ese horizonte cognitivo por la práctica excursionista (y viajera). Es el desplazamiento, la excursión o el viaje, lo que permite al geógrafo ponerse en contacto directo con el paisaje, único modo de

llegar a entenderlo cabalmente. Humboldt se definió a sí mismo como «un viajero que debe la mayor parte de su saber a la contemplación inmediata del mundo» (Humboldt, 1874-75, II, 62), y sus principales obras paisajísticas —los *Cuadros de la Naturaleza, las Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*— son, en buena medida, libros de viajes. Y esa perspectiva viajera se prolongó en muchos geógrafos posteriores. Así sucede, por ejemplo, en la obra de Élisée Reclus, consumado paisajista, como puede comprobarse con particular claridad en su *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*, de 1861, y en los libros que dedicó, en 1869 y 1880, a la *Historia de un arroyo y la Historia de una montaña*, expresiones modélicas de la experiencia excursionista de Reclus y de la visión paisajística conectada con ella.

Lo mismo sucede, por poner otro ejemplo significativo, en la obra de Vidal de la Blache. Su *Tableau de la géographie de la France*, de 1903, fundamental y profundamente influyente en el panorama geográfico de su tiempo y posterior, ofrece una acabada muestra de ello. Todo el *Tableau* se apoya en la experiencia personal del paisaje acumulada por Vidal de la Blache a lo largo de sus numerosos desplazamientos por Francia (Tissier, 2000). El estudio de los más de treinta cuadernos de notas de viajes del autor depositados en el Instituto Geográfico de París ha permitido constatar el importante significado que tuvo el contacto directo con el terreno, la visión inmediata de las cosas, asociada siempre, como ha señalado Robic, a una práctica espacial apoyada en la visión «multitópica» de los lugares (Robic, 2010, 282-285), en su perspectiva geográfica y, más concretamente, en los planteamientos del *Tableau*. Y esos cuadernos demuestran que su experiencia del paisaje se conformó precisamente recorriendo el terreno, viajando. Dibujos, croquis, observaciones cromáticas y otras percepciones sensitivas —sonidos, olores— expresan con frecuencia en esos cuadernos su experiencia del paisaje. Y con esa experiencia del paisaje, y con la práctica viajera que la hizo posible, se hallan directamente relacionadas las imágenes e interpretaciones geográficas del *Tableau*. (Lois, Robic y Tissier, 1988).

La excursión (o el viaje) desempeña, en suma, un papel destacado en el proceso de elaboración del conocimiento geográfico. Permite al geógrafo acercarse a su objeto de estudio, al paisaje, y verlo directamente. Y le permite además ejercitar la movilidad física de la mirada, que constituye, junto a su movilidad intelectual, un factor importante para entenderlo cabalmente (Berdoulay y Saule-Sorbé,

1998, 41-43). Buena parte de los geógrafos modernos, desde Humboldt, han hecho de la práctica excursionista o viajera un elemento imprescindible de su trabajo intelectual. Ello no quiere decir, desde luego, que se hayan parecido a lo que Georges Cuvier denominó «naturalista viajero», categoría en la que situó sin mucho fundamento a Humboldt, caracterizada, según él, por la rapidez y aleatoriedad de las observaciones, y la ausencia de operaciones intelectuales como la reflexión y la comparación, que requieren tiempo y equipamientos, de los que sí dispone, a diferencia de aquél, el naturalista que Cuvier llamaba «sedentario», entre los que se ubicaba él mismo.

De manera que el naturalista o geógrafo «viajero» sería, según Cuvier, alguien que tiene la ventaja de ver las cosas en vivo, de forma directa, pero tiene también el inconveniente de tener que limitarse a ver lo que le va saliendo al paso, y a verlo deprisa, sin tiempo ni medios para estudiar las cosas detenidamente, como puede hacerlo el científico «de gabinete». Pero el geógrafo moderno no es un geógrafo viajero, en el sentido restrictivo de Cuvier, sino un geógrafo viajero y un geógrafo sedentario, alguien que añade a la excursión o al viaje la práctica de gabinete, la consulta de bibliotecas y archivos y la utilización de todos los medios necesarios para elaborar reflexivamente, teniendo en cuenta lo que ha visto directamente en sus contactos con el terreno, el conocimiento que persigue. Así sucedió, por supuesto, en el caso de Humboldt: basta ver el retrato que le hizo Eduard Hildebrandt en su biblioteca de Berlín, en 1856, para comprobar lo lejos que estaba del tipo viajero acuñado por Cuvier. Y lo mismo puede decirse también, por ejemplo, como ha advertido Marie-Claire Robic, de Vidal de la Blache y sus seguidores de la escuela francesa. Fueron, dice Robic, tras referirse a la clasificación dual de Cuvier, geógrafos «de plein vent», que supieron aunar la práctica de la excursión o el viaje, el contacto directo con el terreno, y el trabajo, a menudo largo, en bibliotecas, archivos y laboratorios. Fueron al tiempo geógrafos viajeros y sedentarios, en los que convergieron y se complementaron las perspectivas cognitivas de uno y otro signo. (Robic, 2010).

La excursión (o el viaje) no es sólo importante en el terreno de la elaboración del conocimiento geográfico moderno, sino también, al tiempo, en el de la formación de los geógrafos. No es difícil encontrar, a lo largo de la tradición geográfica moderna, testimonios que afirmen esa importancia formativa de la excursión. De Martonne decía, por ejemplo, que «la mejor formación del geógrafo se adquiere sobre el terreno» (Dresch, 1975, 39), y de ahí su interés en promover la

práctica excursionista en la enseñanza universitaria francesa. Pero esa práctica no era tampoco sencilla. Debía responder, ante todo, a una concepción geográfica de la excursión, a la intención de hacer de ella, como decía en 1908 Charles Rabot, secretario de la Sociedad de Geografía de París, «una verdadera lección de geografía sobre el terreno», muy distinta, desde luego, de lo que podía ser «un simple paseo de turismo» (Cit. en Puyo, 2001, 323).

Y, además, había que evitar un riesgo que Georges Viers consideró frecuente y pernicioso: el de convertir la excursión en una especie de lección magistral, utilizando lo que se ve «como pretexto para el discurso y no como objeto del discurso». La técnica del curso magistral suplanta así a lo que debería ser toda excursión geográfica: un ejercicio práctico de observación. Si de lo que se trata es de aprender cosas sin más, añade el mismo Viers, un día de estudio en la Universidad, con sus bibliotecas y cartotecas, es más eficaz que un día de excursión. Lo que debe aportar ésta es muy diferente: debe enseñar a ver y a razonar sobre lo que se ve, que es una manera de iniciarse en la investigación, y debe hacerlo en términos concretos, separándose del mundo de las abstracciones en el que se mueven las clases y los libros, centrándose en todo momento en comentar el paisaje. «Si los jóvenes profesores a los que formamos —escribe Viers— no saben viajar individualmente de forma provechosa, si no aprenden, en las pocas ocasiones en que podemos hacerlo, a analizar e interpretar un medio, un paisaje rural o urbano, sobre el que hayan leído poco o nada, les habremos legado una cultura muerta, de palabrería. Cuando ellos estén a su vez frente a la tarea de poner a alumnos jóvenes en contacto con la realidad, no podrán hacerlo más que a golpe de lecturas y recuentos estadísticos, y no transmitirán más que palabras y cifras». (Viers, 1972).

La excursión geográfica no es —no debe ser— una clase magistral más, en la que el profesor no habla de lo que se ve, sino que utiliza lo que se ve como pretexto para hablar de lo que no se ve. Tampoco debe perseguirse con ella principalmente el aumento de conocimiento, que otros procedimientos permiten lograr de forma más rápida y eficaz. Se trata de enseñar a ver, de enseñar a comentar el paisaje que se ve, a describirlo e interpretarlo, a encontrar las claves de la realidad geográfica observada. El geógrafo excursionista debe aunar, como decía Davis, la «fuerza física», que le hace capaz de soportar las duras caminatas a través de montañas y desiertos, y la «fuerza mental», que le permite observar, reflexionar y descubrir finalmente «los hechos invisibles que ayudan en buena medida a conocer verdaderamente los

hechos visibles». Por eso, añade, no se trata ya de decir a los jóvenes geógrafos que vean, sino de recomendarles que vean y piensen. (Davis, 1912a, 13). Éste es el verdadero sentido de la excursión geográfica de carácter formativo. Y éste fue precisamente el sentido que quiso promoverse en una de las experiencias excursionistas más interesantes y valiosas desarrolladas en el mundo universitario: la experiencia francesa de las excursiones geográficas interuniversitarias.

Tras varios años de presencia de la práctica excursionista en los estudios de geografía de distintas Universidades francesas, se planteó, como recuerda Emmanuel de Martonne, «la idea de coordinar esos esfuerzos para poder emprender excursiones más largas y más lejanas, dando a conocer a los estudiantes aspectos verdaderamente nuevos para ellos» (Martonne, 1906, 70). Así se hizo, y en junio de 1905 se desarrolló en Bretaña, durante seis días, la primera excursión interuniversitaria, dirigida por De Martonne, principal impulsor de la idea, que era entonces profesor de geografía en la Universidad de Rennes. El planteamiento inicial de tales excursiones puede resumirse en los siguientes aspectos: la organización corría cada año a cargo de una Universidad distinta —a la Universidad de Rennes, que se ocupó de la primera, siguieron luego, en las cinco siguientes, las de Lyon y Montpellier, París, Lille, Clermont-Ferrand y Grenoble—; cada Universidad enviaba a sus dos o tres mejores estudiantes de geografía, a los que se sumaban algunos profesores; la dirección corría a cargo de un profesor con probada competencia en el asunto, que tenía en cuenta en sus explicaciones tanto la geografía física como la geografía humana —tras De Martonne, director de la primera, desempeñaron esa labor en los años siguientes geógrafos como Lucien Gallois, Albert Demangeon, Raoul Blanchard, Pierre Camena d’Almeida, o Max. Sorre—; y se contaba, para realizarlas, con la ayuda financiera del Ministerio de Instrucción Pública y de las Universidades que enviaban estudiantes. El número de excursionistas se situaba entre veinte y cuarenta, y la salida solía ocupar seis o siete días, superando en algunos casos esa duración.

A estas excursiones se invitaba además en ocasiones a científicos de otros ámbitos o a geógrafos extranjeros. En la de marzo de 1912, por ejemplo, participó Davis, que estaba ese curso académico, gracias a los intercambios de profesores instituidos entonces entre la Universidad de Harvard y la de París, como agregado en la Sorbona (Davis, 1912a, 1-2). Dirigió, junto a Gallois, la excursión, que se dedicó a estudiar las formas del terreno de la Cuenca de París, y escribió, en

relación con ella, un artículo, publicado en *Annales de Géographie*, sobre el valle del Armançon (Davis, 1912b). Y Juan Dantín Cereceda participó, cuando estuvo en la Universidad de París, pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, en la excursión interuniversitaria de mayo de 1914, que recorrió Las Landas y el extremo occidental de los Pirineos, dirigida por Camena d'Almeida (Excursión, 1914).

A juzgar por los comentarios a ellas dedicados, no cabe duda de que estas excursiones interuniversitarias respondieron fielmente a lo que sus impulsores entendían por excursión geográfica. Refiriéndose a la primera, De Martonne expresa una opinión que podría aplicarse sin problema a cualquiera de las que la siguieron: «Durante todas esas peregrinaciones, a menudo bastante duras, no se ha sacrificado nada ni a las distracciones ni al aparato, y la disciplina verdaderamente notable que ha reinado en esta caravana de jóvenes, la resistencia mostrada por todos, la continua atención prestada a las explicaciones, han probado que no estábamos equivocados al suponer el interés que habría de despertar esa iniciativa» (Martonne, 1906, 71). Eran, como recuerda Gallois, hablando de la excursión de 1907, «días pasados lejos de los libros, en plena naturaleza, en regiones con las que muchos no estaban familiarizados», que habrían de ser sin duda beneficiosos para los estudiantes (Gallois, 1907, 296). Los testimonios recogidos por Denis Woff, que ha estudiado los entresijos de esta práctica excursionista interuniversitaria apoyándose en la correspondencia de Demangeon depositada en la Biblioteca Mazarine de París, son igualmente elocuentes respecto de la favorable valoración que mereció su desarrollo. «El porvenir de nuestra enseñanza está, créame —escribió Vidal de la Blache a Demangeon, en 1908—, en la práctica de las excursiones, frecuentes y formadoras». No es extraño, por tanto, que De Martonne hable, ese mismo año, del creciente interés de Vidal por las excursiones interuniversitarias, en las que, sin participar plenamente, pasó en ocasiones algún día, como sucedió en las de 1907, dirigida por Gallois, y en la del año siguiente, que dirigió Demangeon. (Wolff, 2001, 331).

Estas excursiones interuniversitarias no sólo fueron importantes en términos pedagógicos, respecto de la formación de los geógrafos, sino que jugaron también «un papel capital», como ha señalado Puyo, en la consolidación de la escuela francesa de geografía. Además de propiciar la relación con científicos de otros campos y geógrafos foráneos, permitieron crear «un fuerte espíritu de comunidad entre los

geógrafos universitarios», que les ayudó a diferenciarse y emanciparse de las sociedades locales de geografía, entonces muy nutridas, a cuya manera de entender las excursiones —simple enumeración de «curiosidades de la naturaleza»— opusieron la concepción verdaderamente geográfica de las excursiones interuniversitarias, expresada en las notas informativas y en los artículos relacionados con ellas, y publicados en revistas como *Annales de Géographie* o *el Bulletin de la Sociedad de Geografía* de París. (Puyo, 2001, 323-324).

Todo lo dicho anteriormente es indicativo de la gran importancia adquirida por las excursiones en el horizonte de la geografía moderna, tanto desde el punto de vista formativo, como muestran ejemplarmente las de carácter interuniversitario organizadas desde 1905 en Francia, como en términos cognitivos, de conformación del saber geográfico. Entendida la geografía como un conocimiento principalmente apoyado en el contacto directo con el terreno, en el ejercicio de un saber ver la realidad geográfica, el paisaje, la excursión y el viaje pasan a ser el medio que hace posible esa relación y esa visión. La práctica excursionista constituye así un componente fundamental de la tradición geográfica moderna. Es habitual, desde Humboldt, en los más destacados exponentes de esa tradición, y también ha estado presente, como es lógico, en los geógrafos españoles pertenecientes a ese horizonte de modernidad geográfica. La labor investigadora y docente de Manuel de Terán y de sus discípulos ofrece muestras acabadas del valor concedido en ella a las excursiones (Véase Martínez de Pisón y Ortega Cantero, 2007).

La presencia del excursionismo en la geografía moderna tuvo, junto a la que hemos visto hasta ahora, otra manifestación importante, de índole retórica. Porque en el discurso de la geografía moderna, en la expresión literaria del conocimiento geográfico, se han incorporado a menudo procedimientos procedentes de la narrativa excursionista (y viajera). Para hablar del paisaje, el discurso geográfico moderno acuñó un lenguaje renovado, y, en relación con ello, configuró también una retórica que ayudase a emplear ese lenguaje del mejor modo posible, haciendo de él un medio eficaz para comunicar las nuevas ideas y razones y las nuevas impresiones y sensaciones puestas en juego. Dentro de esa retórica, junto a los componentes léxicos y los modos de vertebración interna de los ingredientes ideológicamente más significativos del texto, se encuentran los procedimientos literarios utilizados. Tales procedimientos comprenden múltiples recursos, desde las construcciones sintácticas, los tipos de enunciados y las

formas verbales y de adjetivación, hasta las maneras de concretar los ritmos narrativos. Con todo ello se configura el estilo literario del texto, su modo concreto de expresión. (Ortega Cantero, 2007).

Como ha señalado Berdoulay, el discurso científico se desarrolla de acuerdo con formas similares a las que aparecen en otros ámbitos más literarios. En el texto científico se concretan las diversas estrategias puestas en juego por el autor para lograr la adhesión del lector: «todo un arsenal de técnicas del lenguaje, toda una retórica, son utilizados para construir un discurso que pretende convencer». Práctica y discurso se encuentran íntimamente relacionados, y el segundo, en su modalidad científica, se muestra como creador de nuevos campos cognitivos. «El discurso científico —escribe Berdoulay— produce conocimientos, pero constituye también un discurso sobre la forma de producirlos y los medios para utilizarlos». Para el científico, y, más concretamente, para el geógrafo, lo importante es comunicar sus resultados, y para ello debe formularlos y además convencer a quien los recibe. Hay siempre una retórica en su discurso, en el texto con el que tales resultados se comunican. Y en esa retórica convergen ingredientes literarios variados, formas y procedimientos expresivos diversos, entre los que se cuentan los procedentes del relato de viajes, muy directamente conectado con la curiosidad geográfica, que «ha jugado durante mucho tiempo un papel fundamental como alimento de las reflexiones de los geógrafos». (Berdoulay, 1988, 9 y 18-19).

Es éste un asunto sin duda interesante e importante, del que depende en buena medida la capacidad comunicativa del discurso geográfico, su eficacia para transmitir adecuadamente sus ideas y sus imágenes. A pesar de las variaciones que cabe distinguir entre unos autores y otros, y entre unos momentos y otros, algunos de los procedimientos literarios utilizados en el paisajismo geográfico moderno manifiestan una cierta continuidad y funcionan como cláusulas de estilo ampliamente aceptadas. Es lo que ha sucedido con la incorporación al discurso geográfico de los modos de expresión acuñados por la narrativa de excursiones y de viajes, que se han mostrado especialmente adecuados para dar cuenta de una experiencia de relación visual con el terreno, con el paisaje, que se realiza a través del desplazamiento, de la movilidad del observador.

Son muchos los aspectos que expresan la incorporación de ese horizonte literario al discurso de la geografía moderna. Así sucede, por ejemplo, con la visión panorámica del paisaje, procedimiento habitual

en la literatura de viajes, que adquirió una notable importancia en el discurso geográfico. Su interés se basaba sobre todo en la posibilidad que ofrecía para conformar imágenes de conjunto, unitarias, en las que se recogiesen tanto los diversos componentes formales del paisaje, como las relaciones —proximidades, lejanías, contrastes, continuidades, agrupamientos, oposiciones, complementariedades, por ejemplo— que cabe distinguir entre ellos. La imagen panorámica del paisaje ofrece así una posibilidad de presentar sus rasgos característicos, las notas que definen las líneas maestras de su organización. La perspectiva panorámica mejora la visión del paisaje, y lo hace no sólo en términos cuantitativos, sino también cualitativos. No sólo se ve más desde la cumbre de una montaña, sino que se ve mejor; no sólo se amplía la visión, sino que se ahonda; no sólo se ven las cosas, sino las relaciones entre las cosas.

Todo ello hace de la visión panorámica un recurso fundamental en la retórica de la geografía moderna. Una de las más acabadas expresiones de la importancia adquirida por esa visión en el paisajismo geográfico moderno se encuentra precisamente en la aportación fundacional de Humboldt. *Las Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América* son, en este sentido, sumamente elocuentes. Su modelo narrativo es en buena medida el de la literatura de viajes, que se corresponde con la experiencia viajera que fundamenta toda la obra. En conexión con ello, se encuentra la frecuente utilización por parte de Humboldt de la visión panorámica, que le permite expresar el orden del paisaje, señalar sus principales componentes y la organización que definen conjuntamente a través de sus relaciones.

A modo de ejemplo, cabe recordar aquí las vistas panorámicas, geográficamente magistrales, que ofrece del ámbito andino del Chimborazo desde la meseta de Tapia, imponente espectáculo de cuya grandeza sólo pueden formarse idea, advierte, quienes «hayan contemplado de cerca el espectáculo que ofrecen las cimas del Mont-Blanc y el Mont-Rose», o de los puentes naturales de Icononzo, valiosa muestra de las escenas «varias y majestuosas que ofrecen las Cordilleras», y espectacular ejemplo de los valles andinos, más profundos y estrechos que los de los Alpes y los Pirineos, que «se presentan como sitios salvajes a propósito para causar admiración y aun espanto», donde destaca Humboldt «la extraordinaria forma de sus rocas que parecen talladas de mano humana» y «lo árido y pelado de sus cimas», que «contrasta pintorescamente con la abundante vegetación de los bordes de la quebrada». (Humboldt, 1878, 45-46 y 65).

La utilización de los procedimientos de la literatura de excursiones y de viajes se ha mantenido a lo largo de la tradición geográfica posterior a Humboldt, como demuestran, entre muchas otras, las aportaciones de Reclus o Vidal de la Blache. Algunas obras del primero tienen mucho de libros de viajes —el relato de su viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta, sus historias del arroyo y de la montaña, antes mencionados—, y los procedimientos de ese tipo de literatura se encuentran también presentes en otros trabajos suyos. Y Vidal de la Blache incorpora igualmente esos procedimientos en sus escritos. El *Tableau de la géographie de la France* no sólo plasma, como vimos antes, la experiencia viajera de su autor, sino que además emplea los modos expresivos de la literatura de viajes de su tiempo. La capacidad comunicativa del Tableau, su facilidad para sobrepasar los límites de los círculos geográficos especializados y llegar hasta un público culto mucho más amplio, dependió en gran medida de la incorporación a su escritura de las claves de esa modalidad literaria. Su prosa descriptiva adopta, como han demostrado los análisis lingüísticos de Jean-Louis Tissier, los procedimientos característicos de los libros de viajes de su época —como, por ejemplo, la utilización frecuente de un «personaje-observador» (el viajero), o el uso habitual de enunciados que expresan un «efecto de viaje»—, y de ese modo se logra hacer de su lectura «una especie de viaje virtual». (Tissier, 2000). La experiencia del viaje, del contacto directo con el paisaje, desempeña así un papel destacado, desde el punto de vista de su escritura, en el *Tableau* de Vidal de la Blache.

Humboldt, Reclus y Vidal de la Blache aportan, en resumidas cuentas, ejemplos significativos y valiosos de la utilización de los procedimientos de la literatura excursionista y viajera en el discurso geográfico. Y, al igual que ellos, otros muchos geógrafos modernos han apoyado su visión del paisaje en esa experiencia excursionista y viajera y han utilizado los procedimientos de esa variedad literaria para representarla a través de la escritura. Veamos, por último, otro ejemplo muy expresivo en ese sentido: el que ofrece Emmanuel de Martonne en su lectura geográfica del paisaje de los Alpes.

La experiencia viajera tuvo siempre una gran importancia en el quehacer geográfico de De Martonne, tanto en su vertiente docente como en su proyección escrita. Su escritura —la escritura de un geógrafo físico— se caracteriza por su orientación técnica, por su sobriedad y por su precisión. Ello no quiere decir, sin embargo, que sea una escritura despersonalizada, carente de subjetividad, exclusivamente empeñada

en dar cuenta de los hechos. Como ha indicado Olivier Orain, De Martonne también moviliza ocasionalmente, casi siempre con tino, los recursos propiamente literarios de la escritura, que se incorporan a su discurso eminentemente descriptivo y realista para proporcionarle «efectos de realidad» capaces de «engendrar en el lector un proceso de fusión con el referente» (Orain, 2001, 304). Y entre esos recursos se cuenta también, como en el Tableau de Vidal, la introducción del «personaje-observador» y del «efecto de viaje» en el texto. Es lo que hace De Martonne cuando inscribe en el escenario paisajístico del que está hablando un testigo ocular, uno de esos «innumerables y rituales espectadores» de sus descripciones a los que se refiere Orain —viajero, turista, alpinista, geólogo—, que, además de favorecer el «efecto de viaje» en el texto, facilita la identificación del lector con la experiencia excursionista o viajera en la que se apoya su discurso geográfico.

La obra que dedicó De Martonne a los Alpes —*Los Alpes. Geografía general*, de 1926— ofrece una buena muestra de la utilización de esos recursos literarios. Es un texto sencillo y lúcido, escrito con inteligencia y claridad de ideas y propósitos, en el que predomina, como en toda la obra del autor, la dimensión científica y explicativa, resuelta con su habitual maestría, sin que ello suponga la ausencia del componente estético y comprensivo. De Martonne no es indiferente a las cualidades del mundo alpino, a «los contrastes violentos» que le proporcionan «su carácter agreste y su belleza». Habla de «los panoramas grandiosos ofrecidos por la alta montaña», de las «formas pintorescas» del paisaje alpino, de su «encanto» y de su «inagotable variedad de aspectos», de las diversas «impresiones» que despierta su naturaleza. Y la presencia del «personaje-observador» y del «efecto de viaje» se deja ver una y otra vez en el texto. A propósito del relieve, por ejemplo, dice lo que sigue: «Por el esfuerzo de los músculos, por la tensión de los nervios, el alpinista mide lo que significa un desnivel de varios miles de metros. Al habitante de las llanuras que aborda por primera vez los Alpes le es difícil apreciar la distancia que separa los muelles del Isère en Grenoble y los picos de Belledone, la terraza de la Grave y la cumbre resplandeciente del Meije, o los grandes hoteles de Zermatt y la punta del Cervino». (Martonne, 1955, 13, 19, 22, 56 y 58).

En otro momento, al tratar de los materiales del relieve alpino, escribe las frases siguientes, en las que el «personaje-observador» se diversifica en las figuras del mero «visitante», del «alpinista» y, por último, del sobrevenido «geólogo»: «A menos de ser insensible al gusto

de fáciles observaciones capaces de informarle de los contrastes más evidentes, el visitante de los Alpes no puede dejar de sorprenderse por la influencia de las rocas sobre el relieve. ¡Cómo atravesar la montaña, desde las primeras estribaciones hasta los macizos elevados, sin reconocer el aspecto diferente de los Alpes calizos, con sus cornisas brillantes, sus murallas, sus torres; y las cumbres de materiales cristalinos, con sus formas macizas y relativamente monótonas! El alpinista bien pronto llega a apreciar otros matices: las largas pendientes herbáceas sobre las pizarras, las crestas que se desmoronan de las cuarcitas, los sólidos bancos graníticos, las macizas murallas calizas y las vertientes dolomíticas recortadas, le convierten fácilmente en geólogo» (Martonne, 1955, 25).

Y en otra parte de su texto sobre los Alpes, al iniciar la presentación de las zonas de altitud, dice De Martonne lo que sigue: «Desde el funicular que trepa ágilmente hasta la atalaya que domina el valle, o en el automóvil que se eleva a cada revuelta de la carretera, el turista, subiendo sin esfuerzo, puede perder la noción del relieve, pero no puede escapar a la impresión del cambio de temperatura que acompaña las transformaciones del tapiz vegetal: los campos ceden su lugar al bosque, los abetos suceden a las hayas, el bosque se disemina finalmente y la pradera alpina se extiende, dominada por las crestas rocosas a veces cubiertas de nieve» (Martonne, 1955, 78).

De ese modo se manifiesta la presencia de la experiencia viajera en el texto sobre los Alpes de De Martonne, presencia que aparece de modo similar, por lo demás, en todo su discurso geográfico. Y conviene añadir, para terminar, que esa presencia no sólo se deja sentir en términos estrictamente literarios, sino también incluso en la presentación de los componentes iconográficos de su discurso. En la obra geográfica de De Martonne, aparece en ocasiones una disposición del contenido iconográfico —gráficos y fotografías— que expresa también, a su manera, la presencia de la experiencia viajera. Es una característica que, como ha advertido Didier Mendibil, se halla bastante generalizada en los textos de los geógrafos modernos, cuya iconografía pretende a menudo «ilustrar o simular un viaje explícito» (Mendibil, 1999, 328). En la parte dedicada en 1942 a la geografía física de Francia en la Geografía Universal dirigida por Paul Vidal de la Blache y Lucien Gallois, por ejemplo, De Martonne muestra el circo pirenaico de Gavarnie mediante tres vistas fotográficas sucesivas que se van aproximando progresivamente, disposición que, como señala Mendibil, «sugiere un acercamiento al lugar extraído del álbum de fotos de un excursionista»

(Mendibil, 2006, 182). De ese modo se incorpora también la experiencia viajera a la iconografía que acompaña al discurso geográfico de De Martonne. Al igual que sucede con la vertiente textual, literaria, del discurso geográfico de De Martonne, su componente iconográfico expresa con frecuencia su directa y estrecha conexión con la experiencia excursionista.

Lo que acabamos de decir a propósito de algunos destacados geógrafos modernos —Humboldt, Reclus, Vidal de la Blache, De Martonne— puede servir de ejemplo de la presencia retórica del excursionismo en el discurso de la tradición geográfica moderna. Al igual que sucede, como dijimos, en el caso de su presencia en la práctica investigadora y docente, también esta presencia de índole retórica, que se expresa mediante la incorporación de procedimientos de la narrativa excursionista y viajera al discurso geográfico, se encuentra en los textos de los geógrafos españoles vinculados a esa tradición. Así sucede, a título de ejemplo, en muchos de los escritos de Manuel de Terán dedicados a diversos paisajes rurales y urbanos, y así sucede igualmente, en fin, en los de algunos de sus discípulos. Basta leer un libro reciente de uno de ellos —las *Miradas sobre el paisaje*, de Eduardo Martínez de Pisón— para comprobarlo (Véase Martínez de Pisón, 2009).

* * *

Puede decirse, en resumen, que la práctica excursionista (y viajera), que hace posible el contacto directo con el terreno y el saber ver que debe asociarse a ese contacto, ha ocupado un lugar destacado en la geografía moderna. Y lo ha ocupado tanto en el terreno científico y pedagógico, referido a la conformación del conocimiento geográfico y a la formación de los geógrafos, como en el ámbito retórico, el relativo a la elaboración del discurso, sobre todo paisajístico, de la geografía moderna. Se trata de un campo del conocimiento que se apoya en buena medida en la experiencia visual de las cosas, en la observación de las formas de la superficie terrestre, y, por tanto, en la experiencia excursionista o viajera que hace todo eso posible. Finalmente, lo que se conoce de esa manera se expresa a través de la escritura, del discurso literario, en el que el geógrafo da cuenta de los resultados de su labor. Y ese discurso de los geógrafos modernos incorpora regularmente los procedimientos de la literatura de excursiones y viajes, procurando mejorar así su capacidad para comunicar cabalmente las experiencias —experiencia del viaje, experiencia del paisaje— a las que se refiere. Todo eso, en fin, manifiesta la presencia del excursionismo y de la retórica excursionista en la tradición geográfica moderna.

Bibliografía citada

- Ardillon, Edouard (1901), «Les principes de la géographie moderne», *Bulletin de la Société de Géographie de Lille*, XXII, 4, págs. 269-290.
- Berdoulay, Vincent (1988), *Des mots et des lieux. La dynamique du discours géographique*, París, Centre National de la Recherche Scientifique (Mémoires et Documents de Géographie).
- Berdoulay, Vincent, y Saule-Sorbé, Hélène (1998), «La mobilité du regard et son instrumentalisation. Franz Schraeder à la croisée de l'art et de la science», *Finisterra*, XXXIII, 65, págs. 39-50.
- Besse, Jean-Marc (2000), «La physionomie du paysage, d'Alexandre de Humboldt à Paul Vidal de La Blache», en *Voir la Terre. Six essais sur le paysage et la géographie*, Arles, Actes Sud, ENSP, Centre du Paysage, págs. 95-114.
- Brunhes, Jean (1948), *Geografía Humana*. Edición abreviada por M. Jean-Brunhes Delamarre y Pierre Deffontaines. Traducción de Joaquina Comas Ros, Barcelona, Juventud.
- Cossío, Manuel B. (1879), «Carácter de la pedagogía contemporánea. El arte de saber ver», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, III, 65 y 66, págs. 153-154 y 165-168.
- Davis, W. M. (1912a), «L'esprit explicatif dans la géographie moderne», *Annales de Géographie*, XXI, 115, págs. 1-19.
- Davis, W. M. (1912b), «La vallée de l'Armançon. 8^e Excursion interuniversitaire (mars 1912)», *Annales de Géographie*, XXI, 118, págs. 312-322.
- Dresch, Jean (1975), «Emmanuel de Martonne (1873-1955)», en *Les Géographes français*. Préface de Pierre George, París, Bibliothèque nationale (Número especial del Bulletin de la Section de géographie du Comité des travaux historiques et scientifiques).
- Excursión (1916), «Dixième excursion géographique interuniversitaire (Bordeaux –Les Landes– Bayonne, 1914)», *Annales de Géographie*, XXV, 133, pág. 66.
- Gallois, Lucien (1907), «Excursion géographique interuniversitaire autour de Paris et dans le Morvan», *Annales de Géographie*, XVI, 88 y 90, págs. 296-308 y 399-413.
- Humboldt, Alejandro de (1874-75), *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. Vertido al castellano por Bernardo Giner y José de Fuentes, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, Editores, 4 t.
- Humboldt, Alejandro de (1878), *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Traducción de Bernardo Giner, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar, Editores.

- Loi, Daniel, Robic, Marie-Claire, y Tissier, Jean-Louis (1988), «Les carnets de Vidal de la Blache, esquisses du Tableau?», *Bulletin de l'Association de Géographes Français*, LXV, 4, págs. 297-311.
- López-Morillas, Juan (1988), *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Francisco Giner de los Ríos*, Madrid, Alianza.
- Martínez de Pisón, Eduardo (2009), *Miradas sobre el paisaje*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Martínez de Pisón, Eduardo y Ortega Cantero, Nicolás (eds.) (2007), *Manuel de Terán, geógrafo (1904-1984)*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Residencia de Estudiantes.
- Martonne, Emmanuel de (1906), «La première excursion géographique interuniversitaire (Bretagne, 1905)», *Annales de Géographie*, XV, 79, págs. 70-71.
- Martonne, Emmanuel de (1955), *Los Alpes (Geografía general)*. Traducción de Joaquina Comas Ros, Barcelona, Juventud.
- Mendibil, Didier (1999), «Essai d'iconologie géographique», *L'Espace Géographique*, XXVIII, 4, págs. 327-336.
- Mendibil, Didier (2006), «Iconografía geográfica de los paisajes de Francia: contextos, formatos, posiciones», en Ortega Cantero, Nicolás (ed.): *Imágenes del paisaje*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, págs. 149-197.
- Orain, Olivier (2001), «Emmanuel de Martonne, figure de l'orthodoxie épistémologique postvidalienne?», en Baudelle, Guy, Ozouf-Marignier, Marie-Vic, Robic, Marie-Claire (dirs.): *Géographes en pratiques (1870-1945). Le terrain, le livre, la Cité*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, págs. 289-311.
- Ortega Cantero, Nicolás (2004), «Educación geográfica y valoración del paisaje en la Institución Libre de Enseñanza», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 2ª época, 55, págs. 39-68.
- Ortega Cantero, Nicolás (2007), «Hablar del paisaje: claves retóricas del discurso geográfico moderno», en *La Geografía en la frontera de los conocimientos (XX Congreso de la Asociación de Geógrafos Españoles)*, Sevilla, Universidad de Sevilla y Asociación de Geógrafos Españoles, edición en CD, 12 págs.
- Palsky, Gilles (2001), «L'esprit, l'oeil et la main. Emmanuel de Martonne et la cartographie», en Baudelle, Guy, Ozouf-Marignier, Marie-Vic, y Robic, Marie-Claire (dirs.): *Géographes en pratiques (1870-1945). Le terrain, le livre, la Cité*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, págs. 269-276.

- Puyo, Jean-Yves (2001), «Pratique de l'excursion sous la Troisième République: les forestiers, les «naturalistes» et les géographes», en Baudelle, Guy, Ozouf-Marignier, Marie-Vic, y Robic, Marie-Claire (dirs.): *Géographes en pratiques (1870-1945). Le terrain, le livre, la Cité*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, págs. 315-327.
- Robic, Marie-Claire (1996), «Interroger le paysage? L'enquete de terrain, sa signification dans la géographie humaine moderne (1900-1950)», en Blanckaert, Claude (dir.): *Le terrain des sciences humaines. Instructions et Enquêtes (XVIII-XXe siècle)*, Paris y Montréal, L'Harmattan, págs. 357-388.
- Robic, Marie-Claire (2010), «L'ici et l'ailleurs. L'invention du «géographe de plein vent»», en Ortega Cantero, Nicolás, García Álvarez, Jacobo, y Mollá Ruiz-Gómez, Manuel (eds.): *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Universidad Carlos III de Madrid y Asociación de Geógrafos Españoles (Grupo de trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico), págs. 277- 286.
- Sociedad para el estudio del Guadarrama (1886), «La nueva Sociedad para el estudio del Guadarrama», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, X, 236, págs. 367-368.
- Saussure, Horace Bénédicte de (1981), *Premières ascensions au Mont-Blanc, 1774-1787*. Introduction de Roger Canac, Paris, François Maspero.
- Tissier, Jean-Louis (2000), «Le voyage, filigrane du *Tableau de la géographie de la France?*», en Robic, Marie-Claire (dir.): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, Paris, Comité des travaux historiques et scientifiques, págs. 19-31.
- Torres Campos, Rafael (1892), «La enseñanza superior de la Geografía», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XVI, 378, págs. 321-324.
- Viers, Georges (1972), «Conceptions diverses et pédagogie de l'excursion géographique», en *La pensée géographique française contemporaine. Mélanges offerts à André Meynier*, Saint-Brieux, Presses Universitaires de Bretagne, págs. 45-50.
- Wolff, Denis (2001), «À travers les correspondances: l'envers ou l'enfer de l'excursion...», en Baudelle, Guy, Ozouf-Marignier, Marie-Vic, y Robic, Marie-Claire (dirs.): *Géographes en pratiques (1870-1945). Le terrain, le livre, la Cité*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, págs. 329-342.